13 Agosto 1962

MICROFONOS

por **Joaquín CALVO-SOTELO**

De la Real Academia Española

DECISIVO día aquel en el que unos pequeños dispositivos eléctricos permitieron el milagro de multiplicar la voz. Los micrófonos manumitieron a los afónicos como Lincoln a los esclavos. A los afónicos—y sin necesidad de llegar a tanto—, a los cantantes sin facultades para los que sirvió de magistral suplencia. Con el micrófono nació la canción ligera moderna y la oratoria de masas o, para ser más exactos, el micrófono hizo asequibles ambas a muchos que hasta entonces estaban incapacitados para su cultivo, porque, claro es, antes del descubrimiento de la electricidad se habían cantado miles de canciones y se habían dado innumerables mitines. El micrófono, sin embargo, iba a permitir una modulación de un intimismo, de una expresividad que hasta entonces no se conocía y a poner a la medida de las más modestas laringes los gigantescos auditorios de las concentraciones políticas. Desde ese decisivo día al que aludo dejó de ser imprescindible el gran aliento, el gran volumen de la voz para tales menesteres, y con un hilillo tenue, artistas y oradores salieron del paso.

A la hora de la noche en que escribo no es, no, ninguna arenga la que llega a mis oídos desde la playa en la que varios micrófonos martillean mis oídos. Es una cancioncilla francesa antigua ya, pero tierna todavía.

Vous, qui passez sans me voir,
sans même dire bon soir,
donnez moi un peu d'espoir
ce soir,
J'ai tant de peine...

Análoga a ella, aunque sin su delicadeza, se escriben centenares a diario que, a falta del micrófono, perderían parte de su carácter. Francia, Italia y Norteamérica cantan así sus canciones menudas. Es curioso pensar que la sensibilidad española aún no ha asimilado, ni siquiera admitido, ese estilo, esa manera. Rechazamos, sí, como cuerpo extraño, el interpuesto del micrófono y cuanto se nos dice por él, salvo que llegue como un paradójico salvaconductor montado en una lengua extranjera, inteligible o no, que eso es accesorio, lo miramos o —más precisamente—lo oímos con prevención. Seguimos rindiendo culto a las voces bráves y poderosas y nuestras cancionistas vernáculas—quizás las de más autoridad y fama—congestionan su carótida al interpretarlas, arteria ésta a la que no piden esfuerzo alguno figuras tan calificadas en su género como Juliette Greco o la Patachou.

Yo no sé lo que es, lo confieso. A veces llego a pensar que el quid de todo está en el idioma. El español, noble, redondo, autoritario y viril, calzado y adornado para esos frívolos usos, hace afeminado, como aquellos pompones que se negaron a lucir en sus boinas, por la misma razón, los bragados guerrilleros del general Mina, con grave peligro de que se les fusilase sobre el terreno. Los textos españoles de las canciones de éxito internacional son casi siempre un puro desastre, y si hoy existe alguien que los pasee por nuestros escenarios y a quien acepte el respetable público, lo cierto es que estamos hartos de ver correr a sus congéneres y predecesores a cantazos de pullas y cuchufletas por el solo delito de emular las glorias de Maurice Chevalier o de Frank Sinatra.

Hay casi tema para un ensayo en la comparación de Bing Crosby y Juanita Reina, símbolos de dos modos de lirismo popular y fácil y, sin embargo, absolutamente antagónicos. Otro ensayo podría hacerse también con la glosa del texto francés que cito más arriba y el de esos otros que han hecho llorar a millones de simplicísimos compatriotas nuestros a base de la burlada inocencia de las modistillas, las ingratitudes sentimentales de los duques y la valentía de los toreros. Me parece a mí que por el camino y la técnica de la canción moderna hoy en boga no se nos lleva a los españoles a ninguna parte. Si entre nosotros se difunde es esencialmente como vehículo bailable, porque para eso cualquier cosa es buena, pero ni el payés catalán, ni el paisano gallego, ni el labrador de Palencia o el obrero de Madrid tienen nada que ver con ese mundo, del que es el micrófono símbolo y centro. Nos parezca bien o nos parezca mal, dudo que por el mercado común del micrófono entremos nunca.

Estos altavoces impertinentes, que me impiden trabajar en paz y suscitan mis comentarios, anuncian ahora, "urbi et orbi", que mañana, a las doce, habrá una exhibición de "twist". Para sí hubieran querido tales andadores don Antonio Maura cuando el discurso de la plaza de toros o los corifeos del viejo Sofocles en el teatro de Dionysos. Y, sin embargo, es indudable que fueron oídos, tanto el orador mallorquín como el trágico, cada uno en su trance, en su intención y en su momento, harto diferentes. Porque si hoy asistimos al milagro de ver multiplicada la voz, nuestros mayores saborearon el milagro de ver multiplicado el silencio, y yo juro que las pocas veces que me ha sido dado paladear este espectáculo me ha emocionado mucho. Diez, quince, veinte mil almas, no ya enmudecidas, sin respirar siquiera, sin que nadie tosa intempestivamente, ni haga bolitas con el papel de seda de los bombones, ni llegue rezagado, ni comenten al vecino, conmueven a cualquiera. Yo evoco el inmenso auditórium de Hollywood, donde fuí testigo de todo eso en honor del piano de Rubinstein, que tocaba a Chopin. Ya existían entonces, ¿cómo no?, el micrófono y los altavoces; pero el silencio los hacía superfluos.

Rubinstein, ocioso es decirlo, no toca siempre, y los micrófonos han de funcionar algunas veces a toda potencia para dominar el concurso abigarrado y festival al que se dirigen. Les debemos, pues, de una parte, esa soberanía indudable de la voz sobre la masa, conseguida sin visible esfuerzo físico, y, de otra, el que nos llegue el suspiro, el recitado confidencial, la apenas susurrada palabra, que sin ellos perdería sus destinatarios.

Yo no me dejo llevar de la pasión y proclamo lealmente que el micrófono es un invento importantísimo; pero quisiera que ustedes oyesen ese que en el momento de escribir estas líneas taladra mis tímpanos, se mete dentro de mi cerebro y me obsesiona y emborrona cuanto pienso, para que viesen hasta qué punto doy pruebas, al elogiarlo, de una ecuanimidad que, modestia aparte, no suele ser moneda corriente entre nosotros.